

más la opinión pública era en aquel momento tan contraria á Metternich, que Hardenberg dudaba mucho que su gobierno durara lo suficiente para poder prestar formal atención á lo que le proponía. Del mismo modo que Gentz, no encontraba por de pronto ninguna cualidad notable en él mas que la gran confianza en sí mismo que significaba el empuñar, en tan difíciles circunstancias, el timón de la nave del Estado, que el conde Stadion había tenido que abandonar (1). Hardenberg era presa de tales vacilaciones cuando llegó á sus oídos el rumor de un proyecto de matrimonio entre una archiduquesa y Napoleón, y habiendo interrogado sobre ello á Metternich, contestóle éste que aun cuando el tal proyecto se llevara á cabo, semejante alianza de familia no envolvería al Austria en los planes de Napoleón, ni podría nunca ser una alianza política, pues nunca la nación austriaca aceptaría proposiciones que tendieran á la destrucción de las demás potencias, ya que esto no haría mas que causar su propia ruina. Añadióle que él, por el contrario, consideraba al Austria como el tronco en que debía robustecerse el poder continental y alrededor del cual habían de agruparse para ir contra Francia todos aquellos que quisieran conservar su existencia (2).

Mucho tiempo hacia que se venía hablando en secreto de la disolución del matrimonio, meramente civil, de Napoleón con Josefina, que no le había dado ningún hijo, y del consiguiente casamiento del emperador francés con una archiduquesa. El conde Metternich, en una comunicación de 25 de diciembre de 1809 dirigida al príncipe de Schwarzenberg (3), embajador entonces en París, decía que el conde Alejandro Laborde, que como hombre de confianza de Napoleón había intervenido en las negociaciones de la paz, le había hablado, antes de partir de Viena, de una alianza de familia entre las dos cortes imperiales, haciéndole ver la conveniencia de un matrimonio, ora entre el príncipe imperial austriaco y una hija de Luciano, ora de la archiduquesa Luisa con Napoleón. En cuanto á la primera proposición Metternich la había rechazado rotundamente, no así la segunda, y habiendo sin duda Laborde trabajado activamente en este sentido, era de esperar que se presentaría una proposición formal y se haría la petición en toda regla. Para cuando llegara este caso, Schwarzenberg debía acoger aquella petición no oficialmente, sino solo personalmente, para transmitirla con carácter confidencial, y contestar, también como opinión personal, que el emperador no obligaría nunca á una hija á quien quería á contraer una alianza que le repugnara y que no consentiría jamás en un enlace contrario á los preceptos de la religión. Encargábale además que procurara conocer lo mas concretamente posible qué ventajas pensaba Francia conceder al Austria á cambio de esta alianza de familia. Casi no tenía tiempo este documento de haber llegado á París, cuando en 2 de enero de 1810 la condesa Metternich presenció en la capital de Francia cosas estupendas. Habiendo acudido á la Malmaison por invitación expresa de Josefina, díjole allí la reina de Holanda: «Ya sabéis que todos somos austriacos de corazón, pero de seguro no adivinaríais que mi hermano ha tenido el valor de aconsejar al emperador que pida por esposa á vuestra archiduquesa.» No se había aun repuesto de su sorpresa la condesa de Metternich, cuando entró la emperatriz, y después de haber dicho algunas palabras acerca de lo mucho que había padecido, añadió: «Tengo un plan que ocupa toda mi atención y cuyo éxito es lo único que me hace esperar que el

sacrificio que he hecho no será inútil: este plan consiste en que el emperador se case con vuestra archiduquesa. Ayer le hablé de ello y me contestó que su elección no estaba todavía decidida, pero yo creo que lo estaría ya, si estuviese seguro de que su petición sería aceptada.» La condesa contestó que personalmente consideraba este matrimonio como una gran felicidad, pero que para una archiduquesa de Austria debía de ser muy penoso casarse en Francia. La emperatriz insistió diciendo: «Hemos de procurar realizar este proyecto. Es preciso hacer ver á vuestro emperador que su ruina y la de su casa son inevitables si no consiente en este matrimonio y que este es quizás el único medio para evitar un rompimiento entre el emperador y la Santa Sede (4).»

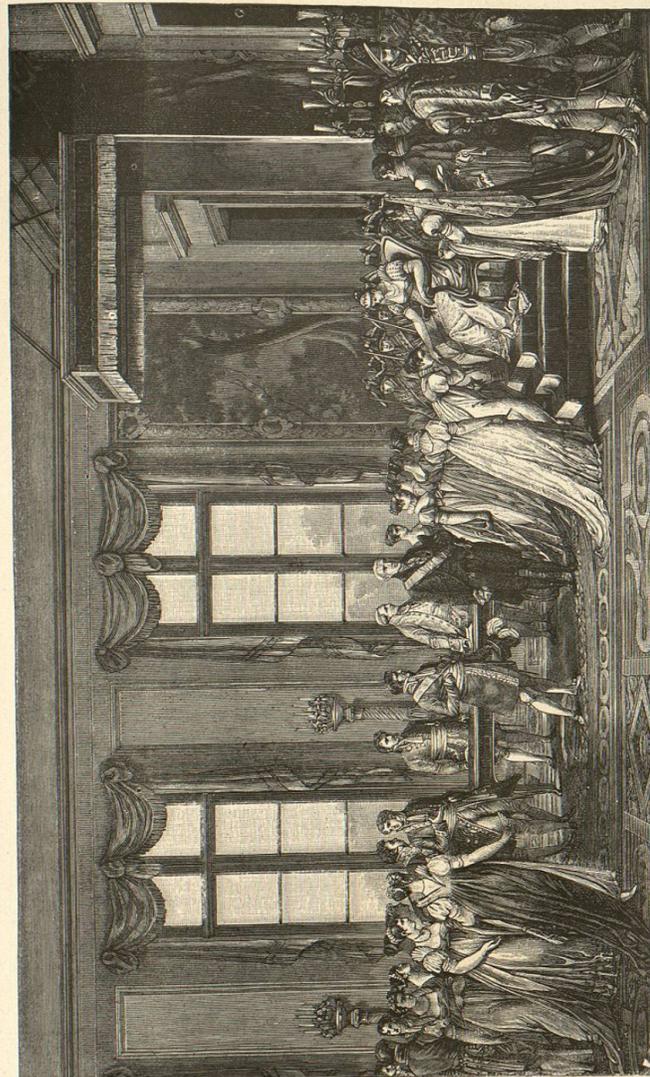
Al día siguiente, el virey Eugenio se presentó al príncipe Schwarzenberg y le hizo la misma declaración «en nombre del emperador y previa la anuencia de su madre la emperatriz Josefina,» en vista de lo cual el embajador manifestó que solo podía aceptar la comunicación para dar oportuna cuenta de ella (5). Ateniéndose á estas dos comunicaciones, el príncipe de Metternich procuró obtener la decisión del emperador de Austria y de la archiduquesa: el primero consintió, después que la segunda hubo dado el sí, y añadió, según refiere Metternich: «Mi consentimiento á este matrimonio asegurará algunos años de paz política á la monarquía, años que yo podré emplear en restañar sus heridas: todas mis fuerzas están consagradas al bienestar de mis pueblos y por lo mismo no puedo vacilar en mi resolución (6).» El mismo día (27 de enero) en que Metternich participó á su esposa y al embajador el consentimiento del emperador y de su hija (7), Napoleón celebró un consejo de ministros para ocuparse en la cuestión de si debía reanudar su plan primitivo de un matrimonio ruso ó si había de decidirse en pro del enlace austriaco. La decisión, adoptada ya antes de esta discusión simulada, fué favorable á la archiduquesa Luisa. Entre los consejeros del emperador que votaron en favor de este matrimonio figuraba Pellene, antiguo secretario de Mirabeau y después de Thugut, que había residido durante mucho tiempo en Viena y que hacia de la archiduquesa el siguiente retrato: «Esta archiduquesa era, hace ocho meses, muy pequeña y de una estatura menos que mediana. Recuérdese que la última reina de Francia creció y engordó mucho después de casada. Tiene en alto grado lo que se llama tez alemana. Sus facciones son regulares, su rostro ovalado, el color de sus cabellos es un término medio entre el castaño claro y el rubio, sus ojos azules son muy hermosos y su mirada mas hermosa todavía. Su blanco cutis refleja colores muy vivos y á veces un rojo poco pronunciado, defecto que en su juventud tenia también la reina de Francia. Sus hombros son poco salientes y revelan una constitución robusta. Anda muy bien, aunque con mas dignidad que gracia, y viste sin ningún gusto. De su talento apenas se dice nada bueno ni nada malo y solo se sabe que su educación, en la que su madre se ha mezclado demasiado, ha sido mal dirigida. Muy jóven todavía, fué separada la archiduquesa del conde Colloredo, que no gozaba de las simpatías de la emperatriz. Su preceptor, el conde Edling, pariente de Cobenzel, no tenia talento ni conocimiento del mundo. Se puede, pues, afirmar, sin riesgo de equivocarse, que la princesa es muy

(4) Carta de la condesa de Metternich á su esposo, de 3 de enero de 1810. *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 2, 319-321. Lo que refiere Metternich (tomo I, págs. 98-99) acerca del baile dado en casa de Cambaceres no está de acuerdo con esta carta.

(5) *Papeles de Metternich*, tomo I, pág. 99.

(6) *Papeles de Metternich*, tomo I, pág. 100.

(7) Las dos cartas están en los *Papeles de Metternich*, tomo I, páginas 2, 321-325.



Embajada enviada por Napoleón á la emperatriz de Austria para pedir la mano de la archiduquesa María Luisa.
Dibujo á la pluma de J. M. Moreau, el jóven (1741-1814).

inferior á lo que en otro tiempo pudo haber sido. Una de sus ventajas, sin embargo, es que desciende de una familia en la cual la fecundidad está mas que probada (1).»

En 6 de febrero envió Napoleón á su ministro del Exterior Champagny, duque de Cadore, para que las remitiera al duque de Vicenza, su embajador en San Petersburgo, instrucciones relativas á la cuestion del matrimonio, y del documento en que se consignaron parece desprenderse que el emperador Alejandro le habia prometido en Erfurt la mano de la gran duquesa Ana, habiendo despues retirado su promesa por no haber llegado la interesada á la pubertad, y en cuanto á la gran duquesa Catalina, que tenia las mismas inclinaciones que la emperatriz madre, no se habia hablado de ella. El plazo de diez dias fijado por el emperador habia expirado en 16 de enero y el correo que llegó el día 21 no habia llevado contestacion alguna sobre el particular. Además la diferencia de religion era un obstáculo insuperable: los mismos franceses, que se cuidaban muy poco de cuestiones religiosas, no podian acostumbrarse á la idea de no ver á la emperatriz al lado del emperador en las ceremonias de la Iglesia y de ver entrar en las Tullerías con la primera á un cura ruso, en virtud de una cláusula expresa del tratado. La comparacion de esto, que habia de hacer imposible toda simpatía, con la manera de ser de Austria, resultaba muy favorable á ésta (2). A la tarde siguiente Napoleón escribió segunda vez al ministro encargándole que al otro dia le trajera el contrato matrimonial de Luis XVI y que tuviera avisado al príncipe de Schwarzenberg para el mediodía.

El día 7 de febrero Schwarzenberg firmó el contrato matrimonial provisional y el día 8 su secretario de embajada, Floret, partió para Viena portador del documento, llegando á esta ciudad en la tarde del 15. A la mañana siguiente la noticia se habia extendido por toda la capital y fué recibida con una verdadera explosion de alegre sorpresa. ¿Cómo fué esto? En 19 de febrero Metternich escribia al príncipe Schwarzenberg: «Los deseos de S. M. se limitaban á esperar que con el inaudito sacrificio que hace conseguiria algunos años de tranquilidad, durante los cuales podria curar algunas de las heridas causadas por las contiñas guerras de estos últimos tiempos. No nos equivocábamnos mucho al pensar que mediaba gran distancia entre el matrimonio con una princesa austriaca y el abandono del sistema de conquista de Napoleón; pero en cambio no desesperamos de aprovechar los momentos de tranquilidad que se nos conceden para robustecer nuestra situacion en el interior y poner freno á los planes del emperador de los franceses. El simple hecho de su matrimonio con una de nuestras princesas detiene la rapidez de su marcha destructora por la garantía de paz que creen haber recibido los pueblos á él sometidos (3).» Los vieneses especialmente creían que este enlace era para ellos una prenda de paz, y por eso se manifestaron locos de contento cuando llegó el mariscal Berthier, como representante de Napoleón, para llevarse á la archiduquesa María Luisa. «El pueblo, — escribia en 4 de marzo á Napoleón, — está en el delirio de su alegría; los habitantes de los arrabales de Viena querian desenganchar mis caballos para tirar ellos mismos del coche; es imposible formarse una idea del entusiasmo de que están poseidos.» El recibimiento que en Viena se le hizo le indujo á creer que todo el pueblo veía realizados sus mas ardientes deseos y que la voz del pueblo como la de Dios habia hablado. «Si alguna vez se ha mostrado unánime la voluntad de

todas las clases sociales, ha sido ésta,» escribia en 6 de marzo. El domingo 14 de marzo celebróse con inusitada pompa la ceremonia del casamiento; la ciudad de Viena flotaba en un mar de luz y se entregaba á las mas alegres fiestas. Federico Gentz, sin embargo, escribió en su *Diario*: «La noche del día en que se verificó la boda y en que se iluminó la ciudad, fué una de las mas tristes y dolorosas de mi vida. No pude ir á la iglesia ni á palacio y como no habia tomado ninguna resolucíon concreta, encontréme solo en medio del bullicio de aquella noche. Estaba enfermo, los dolores reumáticos que se habian fijado en todas las partes superiores de mi cuerpo me hacían padecer mucho y no tenia ánimo para nada; sin embargo, á las siete salí, ví cómo se empezaban á encender las iluminaciones de la ciudad, oí los cañonazos que anunciaban el acontecimiento y me eché á discurrir como un niño sintiendo en mi mente los mas tristes pensamientos (4).»

El conde Hardenberg, entretanto, se explicaba perfectamente el origen y el curso de esta notable evolucion y el sentido de la política en este punto seguida por Metternich, ó por lo menos se tranquilizó tanto que no se dejó dominar por la sospecha que en los primeros momentos le habia asaltado (5). ¿Podía el Austria, en su desesperada situacion, rechazar la oferta que se le hacia y negarse á los formales deseos del mas temido de todos los soberanos del mundo? ¿Había peligro mayor que un matrimonio ruso que perpetuara la alianza de Tilsit, y existía medio mas seguro de impedir el uno y de destruir la otra que un casamiento austriaco del emperador de los franceses? Tales fueron las preguntas que Metternich formuló haciéndolas aparecer en toda la importancia que tenian. Pero la que mas convenció al conde Hardenberg, que no desconocía sin embargo el valor de las anteriores, fué la de si era exacto ó no lo que decía Metternich acerca del sentido de su conducta y de la intencion secreta en que estaba inspirada. Desde aquel matrimonio, ¿continuaba la política de Metternich siendo austriaca ó se convertía en francesa y aun en napoleónica? ¿Era este matrimonio simplemente una alianza de las dos cortes ó una verdadera alianza ofensiva y defensiva de dos potencias? Metternich sostuvo enérgicamente lo primero y el conde Hardenberg transmitió fielmente sus protestas al conde Munster, el cual las puso en conocimiento del ministerio inglés. Sobre si estas afirmaciones merecian ó no crédito suspendióse todo juicio hasta tanto que los hechos vinieran á probar lo que solo los hechos, no las palabras, podían demostrar.

Cuando el júbilo popular por el casamiento de la archiduquesa llegaba á su colmo, sucumbía en Mántua Andrés Hofer (20 de febrero), fusilado por los franceses por orden directa del emperador. Un héroe popular, valiente y bondadoso como no habia habido nunca otro, pagaba con su vida, no la rebelion por él dirigida durante la guerra, sino las repetidas violaciones de paz por él cometidas despues de la guerra y de haberse firmado la paz, falta en que habia incurrido inconscientemente y dominado por el fanatismo clerical (6).

Napoleón consideraba su matrimonio austriaco como una especie de exaltacion al noble estado de la legitimidad monárquica. Nunca, ni en los días de su mayor gloria, se le habia ocultado que todas sus victorias no bastaban á darle lo que poseía el mas pequeño soberano hereditario solo por el hecho de haberlo heredado y aun cuando careciera de méritos personales. Por eso todos sus actos llevan impreso el deseo de borrar y suplir esta falta. El conde Metternich, que le estudiaba desde 1807 con la misma atencion que el natu-

(1) Wertheimer: *El matrimonio de la archiduquesa María Luisa con Napoleón I*, en el *Archivo para la historia austriaca*, tomo LXIV (1882), págs. 515-516.

(2) *Corresp.*, XX, págs. 181-182.

(3) *Papeles de Metternich*, tomo I, págs. 2-328.

(4) *Diario*, tomo I, pág. 238.

(5) *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 55-57.

(6) Hausser, tomo III, pág. 462.

ralista estudia una planta ó un insecto (1), observó en su porte mismo una contradicción á menudo chocante entre lo que quería aparentar y lo que realmente era é involuntariamente descubría. De estatura demasiado baja para lo que él quería, andaba sobre las puntas de los piés á fin de parecer mas alto de lo que la naturaleza le habia hecho. Para presentarse con dignidad en las grandes solemnidades y causar

impresion, estudiaba con el actor Talma, su favorito predilecto, delante de un espejo la mímica de la escena; pero de la misma manera que al corso se le atragantaba el francés que habia aprendido de memoria, al emperador que quería y debia imponer á la alta sociedad jugábanle con frecuencia malas pasadas sus costumbres del cuerpo de guardia y del campamento. Las damas de su corte, especialmente, á

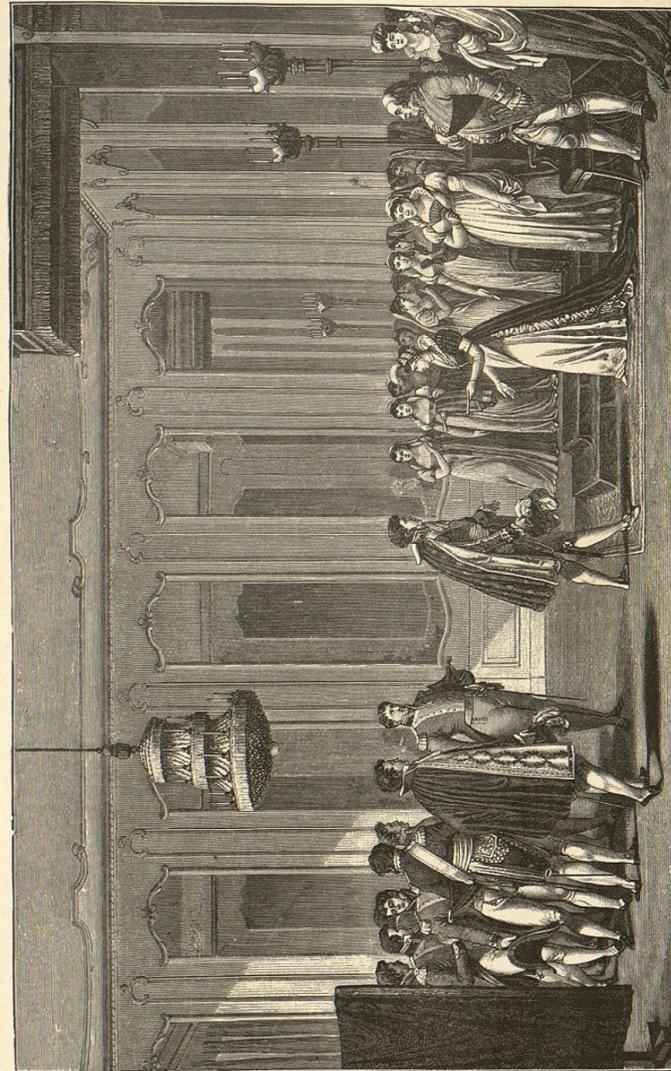


Estátua de Andrés Hofer en su sepulcro de la iglesia de los franciscanos de Innsbruck. Esculpida en 1834 por el profesor Schaller, de Viena, por encargo del emperador Francisco.

las cuales solia preguntar si criaban ellas mismas á sus hijos, sufrían lo que no es decible con sus groserías. La rudeza externa de Napoleon era incurable, porque tenia sus raíces en la dureza de su corazón, que á cada victoria tenia un nuevo motivo para no hacerse violencia. Esto era lo que tenia de comun con los advenedizos vulgares, de los cuales, sin embargo, se diferenciaba en otra cosa. Sentía con tanta fuerza como cualquier otro la necesidad de buscar para su poder, que databa de poco tiempo, el apoyo del derecho antiguo que supliera en parte la consagración que por su origen le faltaba y debia faltarle siempre, pero no se contentaba con

(1) Hausser, tomo III, pág. 462.

conseguirlo por medios vulgares, es decir, haciéndose esclavo de la Iglesia romana. En virtud del Concordato habia devuelto á la religion católica todos los derechos que los católicos franceses podían pedir para sí, para sus templos, para su culto y para sus sacerdotes; pero no estaba dispuesto á dar al Papa mas de lo que como al primero de entre los sacerdotes y como pastor supremo espiritual le correspondía. En los artículos orgánicos garantizó completamente á la Iglesia nacional francesa sus libertades galicanas y al poder civil todas las armas necesarias para defender su derecho contra la ambición de la Iglesia universal, aplicando las mas severas amonestaciones á Pio VII á la menor tentativa que hizo para oponerse á este derecho eclesiástico. Ya con mo-



Recepcion de la archiduquesa María Luisa por la embajada de Napoleon en Braunnau. Dibujo á la pluma de J. M. Moreau, el joven (1741-1814).